



## CAPÍTULO PRIMERO

### Las jornadas de septiembre

**E**l toque de rebato en todo París, la generala tocada en las calles, los tres cañonazos de alarma cada cuarto de hora, los cantos de los voluntarios que marchaban a la frontera, todo contribuía en aquel día, domingo 2 de septiembre, a elevar hasta el furor la cólera popular.

A primera hora de la tarde comenzaron a formarse grupos alrededor de las cárceles. Unos clérigos que se trasladaban desde la alcaldía a la cárcel de la Abadía en número de veinticuatro (1), en coches cerrados, fueron asaltados en la calle por unos federados de Marsella o de Aviñón. Cuatro murieron antes de llegar a la cárcel; dos al llegar

(1) De dieciséis, dice Méhée fils (Felbemesi, *La vérité tout entière sur les vrais acteurs de la journée du 2 septembre et nuits secrètes des anciens comités de gouvernement*. Paris, 1794). Conservo la ortografía del título. «Felhemési», es anagrama de «Méhée fils.»

a la puerta; los restantes entraron; mas apenas fueron sometidos a un ligero interrogatorio, una multitud armada de picas, espadas y sables forzó las puertas y los mató a todos, excepto al clérigo Picard, profesor de los sordo-mudos, y a su suplente.

Así comenzó la matanza en la Abadía, cárcel que gozaba de malísima fama en el barrio. La aglomeración formada alrededor de aquel siniestro edificio, compuesta de tenderos y gente acomodada, pedía la muerte de los realistas detenidos desde el 10 de agosto. Sabíase en el barrio que el oro abundaba entre ellos, que comían bien y que en su prisión recibían a sus mujeres y amigas sin la menor dificultad. Habían festejado la derrota sufrida por el ejército francés en Mons, y cantado victoria por la toma de Longwy, llevando su osadía hasta insultar a los transeuntes desde sus rejas, amenazándolos con la próxima llegada de los prusianos y el degüello de los revolucionarios.

Todo París hablaba de un complot tramado en las cárceles, de la introducción de armas y se sabía positivamente que las cárceles se habían convertido en fábricas de falsificación de asignados y billetes de la Casa de Socorro, con el propósito de arruinar el crédito público.

Todo eso se repetía en los corrillos formados alrededor de la Abadía, de la Fuerza y de la Conserjería, y pronto los grupos forzaron las puertas de las cárceles y comenzaron a matar los oficiales del estado mayor suizo, los guardias del rey, los clérigos que habían de ser deportados por negarse a jurar la Constitución y los conspiradores realistas detenidos después del 10 de agosto.

La espontaneidad de este asalto causó asombro por lo imprevisto. Lejos de haber sido preparado por el Municipio y por Danton, como afirman los historiadores realistas (1), las matanzas eran tan impre-

(1) Confirman el hecho citando las personas libradas de la matanza desde el 30 de agosto al 2 de septiembre por la intervención de Danton y otros personajes revolucionarios, y dicen: «Bien se ve que salvaban a sus amigos!» Pero callan que de las tres mil personas detenidas el día 30, más de mil fueron libertadas, para lo cual bastaba que un detenido fuera reclamado por un revolucionario. Para lo referente a Danton y a su parte en las jornadas de septiembre, véase a Aulard, *Études et leçons sur la Révolution française*, 1893-1897, 3.<sup>a</sup> serie.

vistas, que el Municipio se vió precisado a tomar medidas apresuradamente para proteger el Temple y para salvar los presos por deudas y delitos comunes, y también a las damas del servicio de María Antonieta, quienes fueron salvadas durante la noche por comisarios del Municipio, que cumplieron su encargo con muchas dificultades y con peligro de perecer ellos mismos a manos de las multitudes que rodeaban las cárceles y ocupaban las calles inmediatas (1).

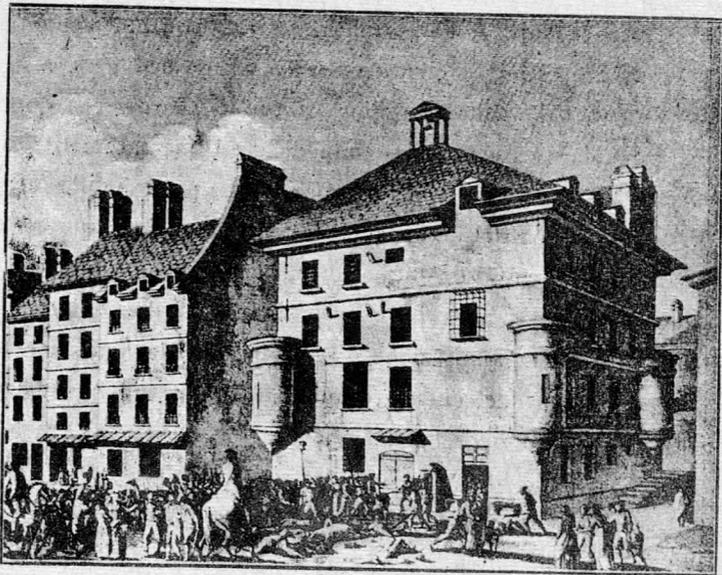
En cuanto se supo que las matanzas habían comenzado en la Abadía, y sabido es que comenzaron a los dos y media (*Mon agonie de trente-huit heures*, par Jourgniac de Saint-Méard), el Municipio tomó en seguida medidas para impedirlo. Inmediatamente avisó a la Asamblea, y ésta nombró comisarios para hablar al pueblo (2), y en la sesión del Consejo general del Municipio, que se abrió por la tarde, el procurador Manuel, hacia las seis, dió cuenta de sus infructuosos esfuerzos para impedir la matanza, diciendo que «los esfuerzos de los doce comisarios de la Asamblea Nacional, los suyos y los de sus colegas del cuerpo municipal habían sido infructuosos para salvar a los criminales de la muerte». En su sesión de la noche,

(1) La señora de Tourzel, aya del Defín, y su hija Paulina, tres camaristas de la reina, la señora de Lamballe y su camarista fueron trasladadas desde el Temple a la Fuerza, y allí fueron todas libertadas, excepto la señora de Lamballe, por comisarios del Municipio. A las dos y media en la noche del 2 al 3 de septiembre, dichos comisarios, que eran Truchot, Tallien y Giraud, expusieron a la Asamblea sus esfuerzos para el cumplimiento de su encargo. En la Fuerza y en Santa Pelagia hicieron salir a todas las personas detenidas por deudas. Después de haber expuesto su relación al Municipio (a media noche), Truchot volvió a la Fuerza para dar libertad a las mujeres, y dijo: «He podido libertar a veinticuatro». «Hemos puesto principalmente bajo nuestra protección a la señorita de Tourzel y a la señora Sainte-Brice... Nos hemos retirado por nuestra propia seguridad, porque también se nos amenazaba. Hemos conducido esas damas a la sección de los Derechos del Hombre para que se les juzgue». (Buche y Roux, XVII, 353.) Esas palabras de Truchot han sido confirmadas perfectamente por el relato de Paulina de Tourzel, exponiendo las dificultades con que el comisario del Ayuntamiento (no le conocía y hablaba de un desconocido) logró hacerla atravesar las calles inmediatas a la cárcel, llenas de gente que vigilaba para que no escaparan los presos. La señora de Lamballe estuvo a punto de ser salvada por Petion, pero hay dudas acerca de los obstáculos que lo impidieron: se habla de emisarios del duque de Orleans, que quería su muerte, y hasta se citan nombres. La verdad es que había muchas personas influyentes interesadas en que aquella confidente de la reina (después del asunto del collar) no hablara; que la imposibilidad de salvarla se explica fácilmente.

(2) Bazire, Dussaulx, François de Neufchateau, el famoso girondino Isnard y Laquinio formaban parte de esa comisión. Bazire invitó a Chabot, hombre de prestigio en los arrabales, a unirse a ellos. (Luis Blanc, II, 19.)

el Municipio recibió la relación de sus comisarios enviados a la cárcel de la Fuerza, y decidió que repitieran su comisión para calmar los ánimos (1):

Más aún: el Municipio, en la noche del 2 al 3, ordenó a Santerre, comandante de la guardia nacional, que enviara destacamentos para detener las matanzas; pero la guardia *no quería intervenir*. Parece natural que al menos los batallones de las secciones moderadas hubie-



MATANZAS DE LOS DÍAS 2, 3, 4, 5 Y 6 DE SEPTIEMBRE DE 1792

ran prestado ese servicio; pero era evidente que en París se había formado la opinión que emplear la fuerza pública contra los amotinados era encender la guerra civil en el momento preciso en que

(1) Actas del Municipio, citadas por Buchez y Roux, xvii, 368. Tallien, en su relación a la Asamblea, hecha con posterioridad, durante la noche, confirmaba las palabras de Manuel: «El procurador del Municipio, decía, se presentó el primero (en la Abadía) y empleó cuantos medios le sugirió su celo y su humanidad, sin conseguir nada, viendo caer a sus pies muchas víctimas, e incurriendo él mismo en peligro, hasta que se le obligó a retirarse por el temor de que fuera víctima de su celo. A media noche, cuando el pueblo se dirigió a la Fuerza, nuestros comisarios, dice Tallien, allí se dirigieron, también inútilmente. Presentáronse sucesivamente varias comisiones, y cuando nos retiramos para presentarnos a la Asamblea, todavía se presentó otra comisión.»

el enemigo estaba a pocas jornadas de distancia y en que la unión era más necesaria. «Se os divide; se siembra el odio; se quiere encender la guerra civil», decía la Asamblea en su manifiesto de 3 de septiembre, invitando a todos los ciudadanos a permanecer unidos. En aquella circunstancia no había más arma que la persuasión; pero a las exhortaciones de los enviados del Municipio, que querían impedir la matanza, respondió oportunamente un hombre del pueblo en la Abadía pre-



2 Y 3 DE SEPTIEMBRE DE 1792

guntando a Manuel si los tunantes prusianos y austriacos, una vez llegados a París, distinguirían los inocentes de los culpables o pegarían a bulto (1). Y otro, o quizá el mismo, añadió: «Esa sangre es la de Montmorin y su compañía; nosotros estamos en nuestro puesto, volveos al vuestro: *si todos aquellos a quienes hemos nombrado para*

(1) «Dígame usted, señor ciudadano, si esos tunantes prusianos y austriacos vinieran a París, ¿buscarían también los culpables? ¿No darían también palo de ciego como los suizos del 10 de agosto? Yo no soy orador, yo no engaño a nadie, y digo a usted que soy padre de familia con mujer y cinco hijos a quienes quiero dejar aquí bajo la custodia de la sección; pero quiero tener la seguridad de que los malvados que están en la cárcel, a quienes otros malvados vendrán a abrir la puerta, no matarán a mi mujer y mis hijos.» Citado según Felhémési (Méhée fils), *La Vérité toute entière*.

la justicia hubieran cumplido con su deber, no estaríamos aquí a estas horas (1).» Así lo comprendieron la población de París y todos los revolucionarios aquel día.

Mas aún: el Comité de vigilancia del Municipio (2), en cuanto supo el resultado de la misión de Manuel en la tarde del 2 de septiembre, lanzó la siguiente proclama: «En nombre del pueblo: Camaradas: Se os ordena juzgar todos los presos de la Abadía, a excepción del clérigo Lenfant, que pondréis en lugar seguro. Hôtel de Ville, 2 septiembre. (Firmado: Panis, Sergent, administradores.)»

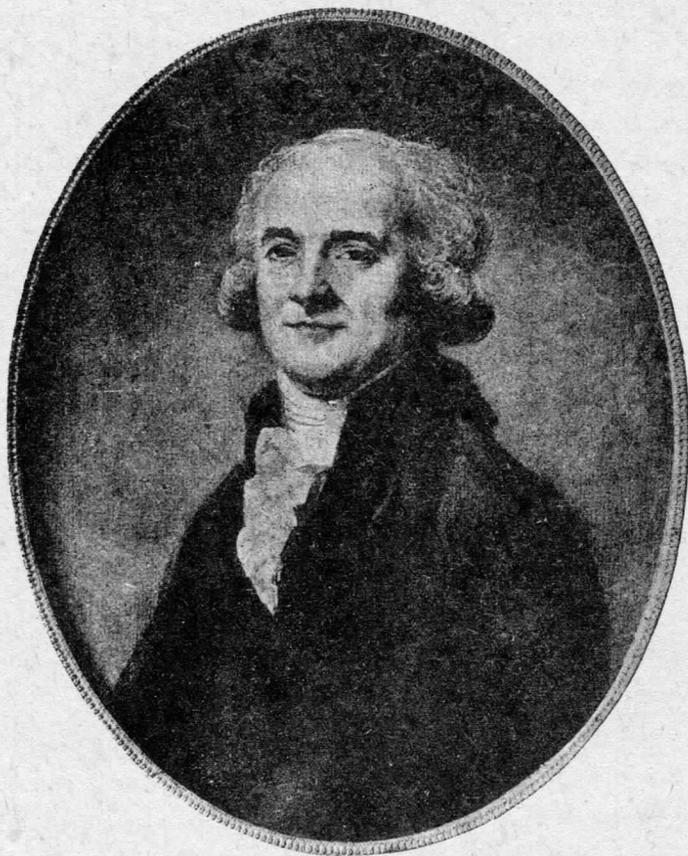
Inmediatamente se instaló un tribunal provisional, compuesto de doce jurados nombrados por el pueblo, del cual se nombró presidente al hugier Maillard, tan conocido en París desde el 14 de julio y el 5 de octubre de 1789. Un tribunal análogo se improvisó en la Fuerza por dos o tres individuos del Municipio, y esos dos tribunales se dedicaron a librar de la muerte a cuantos presos les fué posible. De ese modo Maillard logró salvar a Cazotte, gravemente comprometido (Michelet, libro VII, c. v), y a de Sombreuil, conocido como enemigo declarado de la Revolución. Aprovechando la presencia de sus hijas, las señoritas Cazotte y Sombreuil, que se habían hecho encerrar con sus padres, y también la avanzada edad de Sombreuil, logró alcanzar su absolución. Después, en un documento que Granier de Cassagnac (3) reprodujo en facsímil, Maillard pudo decir con orgullo que así salvó la vida a cuarenta y tres personas. Por supuesto,

(1) Tal es la respuesta de un hombre del pueblo, en ocasión de la primera visita a la Abadía hecha por una diputación del cuerpo legislativo y del Municipio, según Prudhomme. (Citado por Buchez y Roux, xvii, 126.)

(2) El Comité de vigilancia del Municipio (que reemplazó el 14 de abril a la precedente administración y que se hallaba compuesto de quince miembros de la policía municipal), se reorganizó por decreto del Consejo general del Municipio de 30 de agosto: quedando entonces formado por cuatro miembros, Panis, Sergent, Duplain y Sourdeil, quienes, con la autorización del Consejo, y «vista la crisis de las circunstancias y los diversos e importantes trabajos a que habían de dedicarse», se adjuntaron, el 2 de septiembre, otros siete miembros, Marat, Deforgues, Lenfant, Lecler, Durtort, Cailly y Guerneur. (Bouchez y Roux, xvii, páginas 405 y 433; xviii, pags. 186-187. Michelet, que ha visto el acta original, sólo habla de seis miembros: no menciona a Durtort.) Robespierre formaba parte del Consejo general y Marat asistía «como periodista» — por haber decretado el Municipio que se erigiera en la sala de las liberaciones una tribuna para un periodista. (Michelet, t. viii c. iv.) Danton procuraba conciliar el Municipio con el poder ejecutivo de la Asamblea, es decir, con el ministerio de que formaba parte.

(3) *Histoire des girondins et des massacres de septembre*, 2 tomos, 1860.

lo del «vaso de sangre» de la señorita de Sombreuil es una de tantas infames invenciones de los escritores realistas. (Véase Luis Blanc, libro VIII, capítulo II; L. Combes, *Episodes et curiosités révolutionnaires*, 1872.)



DUCREUX - PRESUNTO RETRATO DE MANUEL

En la Fuerza hubo también muchas absoluciones; y, según Tallien, respecto de mujeres, sólo pereció una, la señora de Lamballe. Cada absolución era saludada al grito de *Viva la Nación*, y el absuelto era acompañado hasta su domicilio por hombres de la multitud con respeto y simpatía, negándose su escolta en absoluto a recibir dinero del absuelto ni de su familia. También se absolvieron realistas contra

quienes no recaía la acusación de *hechos probados*, como sucedió con el hermano del ministro Bertrand de Molleville, y hasta con un encarnizado enemigo de la Revolución, el austriaco Weber, hermano de leche de la reina, y se les recondujo en triunfo, con transportes de alegría, hasta la casa de sus parientes o amigos.

En el convento de Carmelitas se había comenzado a encerrar clérigos desde el 11 de agosto, y allí se hallaba preso el arzobispo de Arles, a quien se acusaba de causante de la matanza de patriotas en aquella ciudad. Existía el propósito de deportar a todos; pero el 2 de septiembre se presentó un grupo de hombres armados con sables: penetraron en el convento y mataron al arzobispo, y, después de un juicio sumario, mataron también un considerable número de curas que se habían negado a prestar el juramento cívico. Otros se escaparon escalando una tapia, y algunos fueron libertados, según declaración del clérigo Berthelet de Barbot, por unos miembros de la sección del Luxemburgo y por unos hombres armados con picas que custodiaban la cárcel.

Las matanzas continuaron todavía el día 3, en cuya noche el Comité de vigilancia del Municipio expidió a los departamentos, bajo la rúbrica del ministro de la Justicia, una circular redactada por Marat en que atacaba a la Asamblea, refería los acontecimientos y recomendaba a los departamentos imitasen a París.

Sin embargo, la agitación del pueblo comenzó a calmarse, y Saint Méard dice que al anochecer del día 3 oyó gritar: «¡Gracia, gracia para los que quedan!» Pocos presos políticos quedaban ya en las cárceles; pero entonces sucedió lo que forzosamente había de suceder: a los que habían atacado las cárceles por convicción se mezclaron gentes extrañas, y entonces se produjo lo que Michelet denominó acertadamente «el furor de la depuración», el deseo de limpiar París, no sólo de los conspiradores realistas, sino también de los monederos falsos, de los fabricantes de falsos asignados, de los estafadores, hasta de las prostitutas, ¡considerados todos como realistas! El día 3 se mataron ladrones en el Grand-Chatelet y presidiarios en los Bernardinos, y el día 4 se presentaron turbas decididas a la matanza en la Salpê-

trière, en Bicêtre, hasta en el correccional de Bicêtre, que el pueblo hubiera debido respetar como lugar de sufrimiento de infelices como él mismo, sobre todo de los niños. Por último, el Municipio logró poner fin a las matanzas el día 4, según Maton de la Varenne (1).

En conjunto puede decirse perecieron más de mil personas, de las cuales 202 eran curas, 26 guardias reales, una treintena suizos



LLAMAMIENTO DE LOS SENTENCIADOS

del Estado Mayor y más de 300 presos por delitos comunes; entre estos últimos, los encerrados en la Conserjería fabricaban falsos asignados en su encierro.

Maton de la Varenne, que en su *Historia particular* (págs. 419 460) ha dado una lista alfabética de las personas que murieron en las jornadas de septiembre, halla un total de 1.086, más tres desconocidos que perecieron accidentalmente. Los historiadores realistas

(1) Maton-de-la-Varenne, *Histoire particulière des événements qui ont eu lieu en France pendant les mois de juin, de juillet, d'août et de septembre, et qui ont opéré la chute du trône royal*. Paris, 1806. Hubo además algunos asesinatos aislados el día 5.

han fantaseado a capricho sobre el asunto y hablan de 8.000 y aun de 12.852 víctimas (1).

Todos los historiadores de la gran Revolución, comenzando por Buchez y Roux, han recogido la opinión de diversos revolucionarios acerca de aquellas matanzas; y de las numerosas citas publicadas se desprende un hecho con notable unanimidad: los girondins, que después se sirvieron de las jornadas de septiembre para atacar con violencia a los de la Montaña, durante las mismas no abandonaron la actitud del «dejar hacer», que después reprocharon a Danton, a Robespierre y al Municipio. Únicamente el Municipio, en su Consejo general y en su Comité de vigilancia, adoptó disposiciones más o menos eficaces para contener las matanzas, o al menos circunscribirlas y legalizarlas cuando vió que era imposible impedir las. Los demás obraron con negligencia o creyeron no deber intervenir, y la mayor parte *aprobaron* después el hecho, lo que prueba hasta qué punto, a pesar del grito de humanidad ultrajada que suscitó aquella hecatombe, todos comprendieron que era la consecuencia inevitable del 10 de agosto y de la política ambigua de los gobernantes durante los veinte días que siguieron a la toma de las Tullerías.

Roland, en su carta del 3 de septiembre, tan frecuentemente citada, habla de las matanzas en términos que reconocen su necesidad (2); lo esencial, para él, consiste en desarrollar la tesis que luego fué adoptada por los girondinos: si el desorden fué necesario el 10 de

(1) Peltier, escritor archi-realista y embustero, detallándolo todo, halló el total de 1.005; pero añadió que también se había matado en Bicêtre y en las calles, lo que le permitía elevar el total general a 8.000. (*Dernier tableau de Paris, ou récit historique de la Révolution du 10 août*. Dos volúmenes, Londres, 1792-1793.) A esto replican justamente Buchez y Roux que «Peltier es el único que diga que hubo matanzas fuera de las cárceles», en contradicción con todos sus contemporáneos.

(2) «Sé que las revoluciones no se calculan por las reglas ordinarias; pero también estoy persuadido de que el poder que las realiza debe ponerse a cubierto de las leyes, si no ha de operar una completa disolución. La cólera del pueblo y el principio de la insurrección son comparables a la acción de un torrente que derriba obstáculos que ningún otro poder derribaría, pero cuyo desborde llevará a lo lejos el estrago y la devastación si no vuelve pronto a su cauce... Ayer fué un día sobre cuyos acontecimientos sea quizás preciso correr un velo; ya sé que el pueblo, terrible en su venganza, lleva todavía en ella una especie de justicia; no toma por víctima todo lo que se presenta a su furor, sino que le dirige sobre aquellos que cree que durante mucho tiempo escaparon a la acción de la ley, y a quienes el peligro de las circunstancias les persuade que deben ser inmolados inmediatamente... Pero la salvación de París exige que todos los poderes se reconcentren sin retardo en sus límites respectivos.»

agosto, después todo había de entrar en orden. En general, los girondinos, como dicen acertadamente Buchez y Roux, «sólo se han preocupado de sí mismos»; «ven con pena el poder fuera de sus manos y en las de sus adversarios... pero no tienen motivo para



LA SEÑORITA DE SOMBREUIL, SALVA A SU PADRE

(Estampa de inspiración realista)

censurar el movimiento que se desarrolla... No ocultan que sólo de ese modo *puede salvarse la independencia nacional, y garantizarlos de la venganza de la emigración armada*. (Pág. 397) (1).

(1) Es indudable que los ministros girondinos sabían lo que ocurría en las cárceles. Se sabe que Servan, ministro de la Guerra, fué el día 2 por la tarde al Ayuntamiento, donde quedó citado a las ocho con Santerre, Petion, Hebert, Billaud-Varenne y otros, para discutir las medidas militares, y es evidente que en el Municipio se habló de las matanzas, y que Roland lo supo; pero Servan, como los demás, pensó que lo más urgente era acudir a las fronteras sin provocar, bajo ningún pretexto, la guerra civil en París.

Los principales diarios, como el *Monitor* y *Las Revoluciones de París*, de Prud'homme, aprobaban; en tanto que los otros, como los *Anales patrióticos*, y hasta Brissot en el *Patriota francés*, se limitaban a algunas frases frías e indiferentes sobre aquellas jornadas. La prensa realista se apoderó de aquellos hechos para entregar a la circulación durante un siglo las narraciones más inverosímiles. No trataremos de contradecirlas; pero hay un error de apreciación en



MATANZA EN LA CÁRCEL, DE LYON.

que incurren también los historiadores republicanos y que merece ser rechazado.

La verdad es que el número de los muertos en las cárceles no excedió de trescientos hombres. Sobre este suceso se acusa de cobardía a todos los republicanos que no lo impidieron o no lo limitaron. La cifra de tres o cuatrocientos es correcta. Basta leer las narraciones de Weber, de la señorita de Tourzel, de Maton de la Varenne, etc., para ver que si la matanza fué obra de un número limitado de hombres, había alrededor de cada cárcel, en las calles inmediatas, mucha gente que la aprobaban y que hubiera recurrido a las armas contra quien hubiera querido impedirla. Además los bo-

letines de las secciones, la actitud de la guardia nacional y la de los revolucionarios más conocidos prueban que todos habían comprendido que una intervención militar hubiera sido la señal de una guerra civil que, cualquiera que fuera el resultado de ella, hubiera producido matanzas más extensas y terribles que las de las prisiones.

Por otra parte, Michelet ha dicho, y se ha repetido después, que



MATANZAS DE SEPTIEMBRE

(Estampa de inspiración realista)

el *miedo*, pero el miedo injustificado y siempre feroz, inspiró aquellas matanzas.

Algunos centenares de realistas más o menos en París, se ha dicho, no eran un peligro para la Revolución; pero razonar así es desconocer la fuerza de la reacción: esos centenares de realistas tenían en su favor la mayoría, la inmensa mayoría de la burguesía enriquecida, toda la aristocracia, la Asamblea legislativa, el directorio del departamento, la mayor parte de los jueces de paz y la inmensa mayoría de los funcionarios. Aquella masa compacta de elementos opuestos a la Revolución no esperaba más que la aproxi-

mación de los alemanes para recibirlos con los brazos abiertos e inaugurar con su ayuda el Terror contra-revolucionario, la matanza negra.

Basta recordar el terror blanco bajo la dominación de los Borbones, restaurada en 1814 bajo la alta protección de los ejércitos extranjeros.

Hay un hecho que pasa inapercibido por los historiadores, pero que resume la situación y da la verdadera razón del movimiento del 2 de septiembre.

En lo culminante de las matanzas, en la mañana del 4 de septiembre, la Asamblea se decidió al fin, sobre la proposición de Chabot, a pronunciar la palabra tan largo tiempo esperada: en un manifiesto a los franceses, declaró que el respeto a la futura Convención impedía a sus miembros prevenir, para su resolución, lo que esperaban de la nación francesa; pero que desde aquel momento, como individuos, prestaban el juramento que no podían prestar como representantes del pueblo: *«de combatir con todas sus fuerzas a los reyes y a la realeza»*. ¡No más rey! ¡No capitular jamás! ¡Jamás un rey extranjero!

En cuanto se votó ese manifiesto, a pesar de la restricción ya mencionada, los comisarios de la Asamblea que fueron a presentarle a las secciones fueron recibidos con grandes muestras de entusiasmo, y las secciones se encargaron de poner fin al derramamiento de sangre.

Fué preciso que Marat aconsejara al pueblo con insistencia que matara a los traidores realistas de la Asamblea legislativa, y que Robespierre denunciara a Carra y a los girondinos en general como dispuestos a aceptar un rey extranjero; fué preciso que el Municipio ordenara hacer un registro en casa de Roland y de Brissot para que el girondino Guadet presentara el día 4, y no antes, un manifiesto por el cual se invitaba a los representantes a jurar que combatirían con todas sus fuerzas a los reyes y a las realezas.

Si una declaración clara de este género se hubiera votado inmediatamente después del 10 de agosto, y si Luis XVI hubiera sido

procesado, es seguro que las matanzas de septiembre no hubieran tenido lugar.

El pueblo hubiera visto la impotencia de la conjuración realista en cuanto le hubiera faltado el apoyo de la Asamblea y del gobierno. Y no se diga que las sospechas de Robespierre eran ilusorias,



TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

porque Condorcet, el viejo republicano, el único representante en la Legislativa que se pronunció abiertamente por la República desde 1791, repudiando por su cuenta, y solamente por su cuenta, toda idea de desear el duque de Brunswick para el trono de Francia, declaró en la *Crónica de París* «que se había hablado de él alguna vez» (1).

(1) Carra, editor de los *Anales patrióticos*, uno de los principales órganos de la Gironda, habló de Brunswick en los siguientes términos, en el número de 19 de julio de 1792: «El duque de Brunswick es el guerrero más grande y el más hábil político de Europa; es muy culto, muy ilustrado, muy amable, quizás no le falta más que una corona, no diré para ser el rey más grande de la tierra, sino para ser el verdadero restaurador de la libertad en Europa. Si llega a París, apostaré a que su primer acto sería presentarse en los Jacobinos poniéndose el gorro frigio.»

Durante aquellos días de interregno, muchas candidaturas — la del duque de York, del duque de Orleans, del duque de Chartres (candidato de Dumouriez) y hasta la del duque de Brunswick — fueron discutidas entre los hombres políticos que no querían la República, como los fuldenses, o que no creían, como los girondinos, en la posibilidad de una victoria de Francia.

En esas vacilaciones, en esa pusilanimidad, en esa falacia de los hombres de Estado en el poder, reside la causa de la desesperación que se apoderó de la población de París el 2 de septiembre.

